

Mentirosas patrias

Luis Alfonso Iglesias Huelga

Relaciones internacionales FE CCOO

Como todos los años, el día 12 de junio se celebró el Día mundial contra el trabajo infantil que promueve la toma de conciencia y la acción respecto a la lucha contra el trabajo infantil.

LO hemos dicho tantas veces que no importa repetirlo: la infancia es para ser niños, pero si la infancia es la verdadera patria, referida por Rilke, unos 220 millones de niños carecen de patria porque adolecen de infancia.

La Organización Internacional del Trabajo estima, además, que 115 millones están directamente involucrados en un trabajo peligroso, una de las peores formas de trabajo infantil, definido como todo trabajo con tendencia a dañar la salud física, mental o moral de los niños. En algunos casos puede incluso poner en peligro la vida de los niños.

Entre la interminable retahíla de acontecimientos que figuran en la historia de la obscenidad, el trabajo infantil siempre merece un pie de página especial. Amputar la infancia es aniquilar el futuro, no sólo individual y específico, sino también el futuro universal y colectivo.

Es conocido que la erradicación del trabajo infantil exige un importante aumento de los recursos financieros destinados al desarrollo. Así que en esta época de turbulencias financieras debemos exigir con más fuerza que nunca que los gobiernos destinen al menos el 0,7 % de su PIB a ayudas al desarrollo, y un porcentaje más alto de esta cantidad al desarrollo y mejora de la calidad de la educación pública.

Asimismo, hay que exigir tanto la ratificación como el cumplimiento de la Resolución 138 de la OIT (sobre la edad mínima laboral) y la Resolución 182 (sobre la eliminación de las peores formas de trabajo infantil) en el contexto de lograr el objetivo de una Educación para Todos (EPT).

En España tres de cada diez niños son pobres, porque empobrecer el futuro es la condición que imponen quienes se enriquecen con el presente de los otros. Y el trabajo infantil es el final del camino que comienza con la precarización de la educación pública, el único cortafuegos del incendio de los derechos de los niños y de las niñas. Hoy más que nunca es necesario, como también decía Rilke, continuar “distraídos por la esperanza” para defender todo aquello que “a través de mi infancia sin nombre aún refulge, como el agua”.

Entre la interminable retahíla de acontecimientos que figuran en la historia de la obscenidad, el trabajo infantil siempre merece un pie de página especial